

A-Cj. 74/11

R
44649

ELOGIO FÚNEBRE

DEL

ILMO. Y RMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO

Y VENERABLE SIERVO DE DIOS

FR. FRANCISCO XIMENEZ DE CISNEROS

QUE

EN LA SOLEMNE INHUMACION DE SUS CENIZAS

VERIFICADA

DE ORDEN DE S. M. LA REINA N. S. (Q. D. G.)

Y CON ASISTENCIA DE SU GOBIERNO

EL 27 DE ABRIL DE 1837 EN LA IGLESIA MAGISTRAL DE ALCALA DE HENARES

PRONUNCIÓ

EL DR. FREY D. BERNARDO RODRIGO Y LOPEZ,
Presbítero, de la Orden militar de Montesa y San Jorge de Alfama, Capellan de Honor y Predicador
de S. M., etc.



MADRID:

Por D. E. Aguado, impresor de Cámara de S. M., y de la Real Universidad de Alcalá de Henares.

1837.

PP387

MIGUEL MIRANDA

SAN PEDRO, 7
TEL. 429 45 76
28014 MADRID

Qui facit concordiam in sublimibus suis.

El que establece alianza en sus grandezas.

(JOB. 25, 22.)

Excmo. Señor:

LA gloria de los varones ilustres que enaltecieron los timbres de la patria es un legado precioso, que debe transmitirse íntegro á las generaciones venideras para ejemplo y enseñanza. No hay pueblo alguno en la historia que no haya cantado en tonos mil las alabanzas de sus héroes, consagrando á su memoria monumentos de honor, de respeto y de veneracion. Y este culto simpático, que inspirado por la naturaleza practican todos en su infancia como en su virilidad, en el crepúsculo como en el apogeo de su civilizacion, lo mismo entre las hordas errantes por los bosques que en los juegos hípicas y olímpicos de la culta Grecia, y en el Senado de la fastuosa Roma, recibe en nuestra sagrada Religion el sello purificante de la sancion Divina. Moisés, Aaron, Josué, David, Ezequías, Reyes, Jueces y Profetas, caudillos esclarecidos del pueblo

de Israel, que bajo la mano de Dios guiáranlo por las sendas de la virtud, del honor y de la gloria, ensalzados se ven con sublimes inspirados acentos en el libro del *Eclesiástico*. Y la Iglesia, repitiendo las palabras con que el Espíritu Santo comienza la série de aquellos sagrados panegíricos, *Laudemus viros gloriosos*, abre gozosa las puertas del Santuario para dar honroso asilo al pie de sus altares á las venerandas cenizas de los héroes cristianos, y complácese en que desde la cátedra de la verdad, se estiendan resonando por las sagradas bóvedas los acentos de sus ministros, que enardecidos por el fuego santo del entusiasmo religioso y pátrio, esciten en los corazones del pueblo reunido el amor y veneración á su memoria, publicando sus virtudes y altos hechos, dignos de remembranza eterna.

Ahora pues, si este justo tributo, impuesto de consuno por la naturaleza, por la historia y por la Religion, no solo honra y enaltece á las naciones en su estado próspero y floreciente, sino que es tambien su consuelo y esperanza en medio de la humillacion y abatimiento, ¿qué otra con mas razon que la española podrá interrumpir hoy los ayes de sus presentes infortunios, y alzar un grito de consuelo volviendo la vista á sus pasadas glorias? ¿Y cuál de sus hijos que no haya borrado de su frente el sello de español y de cristiano, dejará de contemplar con noble y santo orgullo aquella época venturosa en que esta nacion magnánima, guiada por la fe, el valor y la piedad,

estendia en ambos hemisferios sus dominios, siempre alumbrados por el sol, y veia brillar en torno suyo, cual astros resplandecientes, multitud de héroes, de sabios y de santos, que estendian y llevaban su nombre como en triunfo por todo el mundo? ¡Pero ah! ¡Desgraciada patria mia! ¿Qué se han hecho aquellos felices tiempos? ¿Quién ha marchitado tus laureles, y esterilizado tu suelo, y secado la fuente de tus glorias..... tan puras y sublimes que fueron siempre la admiracion y envidia de las naciones todas..... de las naciones que ahora ó te compadecen ó te desdeñan, si ya no es que te insultan.....? ¡Ah, Señores! Yo adoro rendido el secreto providencial del encumbramiento y ruina de los imperios; pero dejando á los sabios del mundo la fatigosa investigacion de sus causas en el orden humano, permitidme indicar una sola que toca al orden divino, en el cual se halla la solución completa de todos los grandes problemas de la humanidad. Y esa causa, ¿sabeis cuál es? Voy á decirla, Señores, con conviccion profunda y con libertad cristiana, cual cumple á un ministro de la Religion, que respeta, que compadecé, pero que no insulta á su siglo. Es que en aquella época, con tanta frecuencia denigrada, y con tanta injusticia y ligereza apellidada de obscurantismo por cierta pseudo-ilustracion incendiaria de nuestros dias, la mano del hombre aún no habia osado cortar el lazo misterioso que une la tierra con el cielo, la ciencia con la fe, las cosas humanas con las divinas, el orden de la

naturaleza con el de la gracia, el tiempo con la eternidad: aún no dominaba en el corazón de míseros mortales el satánico orgullo de querer desterrar á Dios y su ley santa de la sociedad; ni la loca presuncion de hacer á esta feliz, reemplazando las doctrinas de vida que enseña el Evangelio, con teorías de muerte, abortadas por el infierno para esparcir con ellas por el mundo esos vientos huracanados del error, que tan abundantes cosechas están produciendo de catástrofes y de ruinas. Es que entonces la fe reinaba en todos los entendimientos y en todos los corazones, y en las ciencias, y en las artes, y en las leyes. La Religion y la política, estrechamente enlazadas, obraban de consuno y con santa emulacion para colmar de bendiciones á la patria. Y este consorcio sublime, digno objeto de los mas ardientes votos de nuestros Monarcas, de nuestro gobierno, y de todos los buenos españoles, era, como volverá á serlo algun dia, el que fertilizaba nuestro suelo, y le hacia producir por do quiera héroes, palmas, coronas.

He ahí el pedestal glorioso sobre el cual vemos levantarse las mas grandes figuras de nuestra historia; y entre ellas, y acaso mas que todas, brillar con rasgos singularísimos de imperecedero resplandor la del personaje ilustre cuyos venerables restos están aquí presentes, la del inmortal Cisneros.

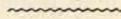
Mas de tres siglos han pasado sobre su tumba; pasarán otros tantos, pasarán todos, y su nombre bendecido

de generacion en generacion, arrancará siempre de los hidalgos pechos españoles magníficos espontáneos testimonios de respeto, de admiracion y de amor. ¿Qué significa, si no, este grandioso aparato, esta lucidísima inmensa concurrencia á la solemne inhumacion de sus cenizas, tan ansiada por esta ciudad ilustre de Alcalá, secundada eficazmente por tantos buenos y generosos patricios, acogida con tan digno y noble entusiasmo por el celoso é ilustrado Gobierno supremo de la nacion, que la preside, y sancionada en fin por nuestra amada Reina como una deuda sagrada de honra nacional, sino que el nombre de Cisneros es la representacion mas elocuente y la síntesis mas completa de todas las glorias de nuestra patria? Sí, glorias religiosas, literarias, militares, políticas, todas brillan con fulgente resplandor sobre la frente de este héroe incomparable. Mas ¿dónde hay elocuencia para ensalzarlas dignamente? Yo, Señores, abismado y confundido bajo el peso inmenso, al par que honrosísimo, impuesto á mi nulidad é insuficiencia, solo podré ligeramente indicarlas, apropiando á mi objeto esta sencilla frase de la Sagrada Escritura: *Qui facit concordiam in sublimibus suis*; que establece alianza en sus grandezas.

En efecto, un hombre que sabe armonizar el esplendor de la púrpura con la obscuridad del sayal, la fortaleza del cetro con la debilidad del cayado, el regalo de la corte con la austeridad del desierto, el bullicio del gran mundo con el silencio del claústro, la faja de General



con el cordon de San Francisco, el estruendo del combate y el humo de la pólvora con la calma de la oracion y el perfume del incienso, los honores en fin y las grandezas de los héroes del mundo con las virtudes de los Santos, ¿no parece, segun la espresion de un historiador extranjero, mas bien que realidad una ilusion de la fantasía, y un misterioso enigma que se resiste á la humana comprension? Pues este enigma es el que Dios, para gloria de la Religion y de la España, quiso revelar al mundo en la persona del Gran Cisneros; y cuyo bosquejo intento presentar á vuestra vista, dando una rápida ojeada por las fases principales de su asombrosa vida, admirando en ella el riquísimo conjunto de hermosas flores que deben formar su corona fúnebre, la cual con mano trémula y conmovido corazon voy á colocar sobre esa tumba, en que la piedad y la gratitud española depositan hoy sus preciosas cenizas.



En la villa de Torrelaguna vio la luz nuestro héroe el año 36 del siglo XV. Sombreadaban su modesta cuna antiguos timbres de heredada nobleza, pero que desaparecen todos de mi vista ante los de otra nobleza mil veces mas preciada, la de su mérito personal, la de su virtud, de quilates tan subidos, que ella sola, refluendo sobre el curso genealógico de sus ascendientes, bastaria para en-

noblecerlos á todos. Entre las bendiciones y cariños paternos crece cual tierna y preciosa planta, que estiende sus ramos y abre sus capullos á los rayos del sol, de la razon y de la gracia en la atmósfera vivificante del santo temor de Dios; siendo á los diez años la admiracion de Alcalá, y despues de Salamanca, por el desarrollo simultáneo de su corazon y de su entendimiento, puro aquel en la época mas peligrosa de la vida, enriquecido este con los tesoros de la ciencia.

No me detengo en referir los trabajos y penalidades de su viaje á Roma, donde recibió la sagrada ordenacion y ejerció por seis años con aplauso el oficio de abogado consistorial, ni en comentar la horrible persecucion que á la vuelta desplegara contra él D. Alfonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, para hacerle desistir de su derecho á la prebenda que le confiriera el Pontífice. Escrito está que el oro se prueba en el fuego, y el varon fuerte en la tribulacion; y la que sufrió entonces nuestro héroe fue terrible y espantosa, capaz de hacer sucumbir mil veces los mas alentados corazones: pero era la base que Dios sentaba para levantar sobre ella el edificio magnífico de su gloria, segun le anunciara con espíritu profético como á otro José en Egipto un compañero suyo de infortunio. Seis años, Señores, de calabozos y de grillos en las fortalezas de Uceda y de Santorcaz, sufridos con una fortaleza inquebrantable, tan impasible á los halagos como á las amenazas, y con una mansedumbre incapaz de tur-

barse por ningún movimiento de ira, de rencor, ni aun de impaciencia, tan natural y excusable en el ánimo mas pacato cuando sufre injustamente, nos presentan ya una revelacion anticipada del sello principal de su carácter; de aquel temple elevado de su alma, de aquella energía de corazon, que abroquelado en su fe, en su razon, en su conciencia, arrostra impávido y vence cuantos obstáculos le salen al paso en el camino misterioso de los altos destinos á que le guia la mano invisible de la Providencia.

Esta al fin disipa aquella tempestad, de entre cuyas sombras Cisneros, fortalecido con la lectura asidua de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, sale mas radiante y puro, á semejanza del astro de la luz al disipar la nube que un momento eclipsara su brillante resplandor. Puesto en libertad sin condicion y sin menoscabo alguno de su derecho, ostenta la grandeza de su alma dejando de grado la prebenda que no pudo hacerle abandonar la fuerza, permutándola por otra de Sigüenza, donde se presenta á su vista un porvenir mas risueño y venturoso con la posesion de otros varios beneficios y pingües administraciones, y sobre todo con el trato y amistad de su dignísimo Obispo D. Pedro Gonzalez de Mendoza, llamado con justicia el Gran Cardenal de España. Nombrado por aquel Prelado insigne Vicario general y Gobernador de la diócesis, comienza á desplegar las grandes dotes de su alma, corrige los abusos, hace

florece la disciplina, siembra por do quiera gérmenes fecundos de piedad y de virtud, echa los cimientos de aquel insigne colegio, gobernado por sus mismas leyes hasta estos últimos tiempos, y adquiere el conocimiento del griego, del hebreo y del caldeo; semillas preciosas, que germinando en aquella alma grande, fuente inagotable de los mas enaltecidos pensamientos, habian de producir un dia las dos obras monumentales y prodigiosas de su celo y de su amor á las letras, la Biblia Complutense y la Universidad de Alcalá.

Pero ¡qué cambio de escena tan completo y sorprendente se nos presenta á la vista! ¡Qué admirable es la Providencia del Señor para con nuestro Cisneros! Cuando, vencidas tantas penalidades y contradicciones, parece allanarse bajo sus pies el camino de la fortuna y de la gloria, y le vemos subir con desembarazo y rapidez al Tabor de las grandezas que le tiene destinadas en el mundo, complácese en arrebatarlo de en medio de la sociedad, y conducirlo, guiado por sublime inspiracion de lo alto, al retiro, á la obscuridad, al Calvario de la penitencia. Beneficios, empleos, comisiones, honores, riquezas, porvenir, hasta su mismo nombre de Gonzalo, vedlo de repente trocado todo por el humilde sayal y el nombre de San Francisco, en el convento de San Juan de los Reyes, que los Católicos acababan de fundar en Toledo.

¿Y quién dirá el vuelo generoso con que aquella alma grande, rotos por completo los lazos del mundo, remón-

tase hácia la cumbre de la perfeccion evangélica? ¿Y el fuego de amor divino que penetra y abrasa hasta las mas hondas fibras de su corazon? ¿Y su perpétuo silencio, y su obediencia rendida, y su humildad profundisima, y su contemplacion estática, y aquella asombrosa austeridad que, sobrepasando los votos y preceptos, y consejos de la santa regla, inventa sin cesar medios inauditos de mortificacion, y que huyendo como azorada de los aplausos y admiracion que escita en Toledo y en el Castañar, lo lleva á esconderse en el desierto en una chóza fabricada con sus manos, para renovar allí los prodigios de la Nitria y de la Tebaida? Prodigios de gracia y de virtud, conocidos solo de aquel Dios que se complace en preparar con ellos el alma de Francisco para sus altos designios, que otra vez le son anunciados por la vision misteriosa que le refiere un santo religioso. Prodigios, Señores, que semejantes á los cimientos de un grandioso edificio escondidos en la obscura profundidad de la tierra, son el secreto origen de todas las maravillas que admiramos en este grande hombre, y la base firmisima de toda su elevacion. Porque allí, en aquel periodo de obscuridad y de silencio, en aquella vida escondida en Jesucristo, en la contemplacion de las verdades eternas, entre el rocío de la gracia y el fuego de la penitencia, es donde se acrisola su alma, y se completa y adquiere todo su temple el gran carácter moral de Cisneros. Vedlo salir de allí cual antorcha luminosa para ser colocada sobre el candelero,

é inundar el horizonte español con sus brillantes resplandores.

La ciudad de Granada acababa de rendirse á la constancia y heróicos esfuerzos de los Reyes Católicos, tremolaba ya victorioso el estandarte de la cruz sobre las rojizas almenas de la Alhambra, cuando nombrado para su primer Arzobispo el piadoso Hernando de Talavera, confesor hasta entonces de la escelsa Reina, llama esta, por consejo del Cardenal Mendoza, para reemplazar á aquel en la direccion de su conciencia al penitente Francisco de Cisneros, que olvidado del mundo yacia sepultado en las selvas del Castañar y de la Salceda. ¡Eleccion feliz que entraña el mas cumplido elogio de aquellas tres grandes almas, que la Providencia amorosa del Señor aproxima y reúne en identidad de virtudes y de altos pensamientos para gloria de nuestra patria! Modesto, grave, austero, preséntase Cisneros en el gran mundo arrebatando la admiracion de todos los cortesanos, quienes, segun el testimonio de Pedro Martir de Anglería, creen ver en él un penitente de la Tebaida, un oráculo, un Santo. Asi que su ascendiente sobre el corazon de aquellos Reyes, tan dignos y tan capaces de reinar y gobernar por sí mismos, no se limita á los asuntos de conciencia, sino que hasta los mas graves negocios del Estado, y todas sus grandes empresas y nobles aspiraciones sométense al fallo del humilde religioso. ¿Empero las galas y el esplendor de la Corte fascinarán su vista?



¿Mareará su cabeza el incienso de la adulacion? ¿Tropiezarán sus pies en tantos lazos como suele haber tendidos sobre las mullidas alfombras que cubren el pavimento del Regio Alcázar? ¡Ah! no: Cisneros solo se presenta en él cuando lo reclama el desempeño de su ministerio, condicion precisa que impuso para aceptarlo; vive siempre en el claustro, en la mas rígida observancia de la regla, y esparciendo por todas partes, ora súbdito ora prelado, los brillantes y anticipados destellos de aquella reforma general de Institutos religiosos, cuya difícil y arriesgada empresa, ya otras veces intentada en vano, solo él puede en gran parte llevar á gloriosa cima por entre el torbellino de quejas, reclamaciones y calumnias, que en vez de apagar su caridad, y de entibiar su celo, y de abatir su constancia, y de eclipsar su gloria, conviértense en otros tantos trofeos, y en pedestal magnífico que la ensalza para hacerla campear en otro nuevo y mas vasto horizonte.

El Arzobispado de Toledo, dignidad la primera del reino por sus riquezas é influencia, venia siendo por mucho tiempo como patrimonio de la alta nobleza, y no pocas veces funesta á la tranquilidad del pais y al esplendor de la Corona; y deseando el genio previsor de la excelsa Reina evitar funestas contingencias, trata de dar un digno sucesor al Gran Cardenal Mendoza. ¿Y quién será digno de reemplazar aquella figura colosal, aquel genio tutelar del Trono y de la Patria, sobre cuya frente

brilláran en tiempo de Isabel y de Fernando las inmarcesibles glorias que en el de Berenguela y de su Santo hijo ciñeran la del Gran Rodrigo Ximenez de Rada? ¡Quién habia de ser, Señores! El que bajo sayal humilde, ceñido con cordon de esparto, abrigaba una grandeza de alma, una energía de corazon, un temple de carácter, un celo por la gloria de la fe y la prosperidad de su Patria, que lo harian brillar cual nuevo sol entre aquellos dos astros luminosos de nuestra grandiosa historia.

«Mirad, Padre mio, lo que dice Su Santidad en estos papeles.» Tales fueron las palabras de inefable satisfaccion y ternura pronunciadas por la Gran Reina al poner las Bulas en manos de su santo confesor, ignorante de su eleccion. Tómalas aquel con reverencia y lee: «A nuestro venerable hermano Fray Francisco, Arzobispo de Toledo.»—«Señora, esclama todo turbado y lleno de espanto, no es esto para mí.»—Y dejando caer en tierra cual si fuese un hierro candente el papel que tenia en la mano, huye despavorido y atónito como si lo persiguiera un espectro. ¡Ah, Señores! ¡Qué egeemplo de humildad tan elocuente y digno de ser imitado! ¡Oh! ¡Tiempos felices cuando las dignidades, honores y destinos, lejos de ser patrimonio del favor, de la adulacion y de la intriga, siguen por do quiera á la virtud y al mérito, como la sombra al cuerpo, que cuanto mas huye de ella mas lo persigue! En vano pues huye Francisco, y se resiste, y lucha su humildad por espacio de seis meses; el pre-

cepto terminante del Sumo Pontífice oblígale á humillar su cabeza bajo el yugo del Apostolado, y á tomar en su mano el báculo pastoral. Solos doce años eran transcurridos desde la muerte del Señor Carrillo, cuando su inocente cautivo de Uceda viene guiado por la mano de la Providencia á santificar y enaltecer aquella Silla Primada, resucitando en ella el espíritu de los Eugénios, Julianes é Ildefonsos para gloria de la Religion y de la Iglesia. Porque fueron tantos y tan grandes los beneficios de su glorioso Pontificado, que solo pudieran de alguna manera compendiarse con aquella hermosa y galana metáfora con que el Espíritu Santo ensalza al Gran Sacerdote Onías: *In diebus suis apparuerunt fontes aquarum*. Sí; en los dias de Cisneros aparecieron las fuentes de las aguas, porque reunidas en su gran corazon todas las virtudes que enumera San Pablo en sus cartas á Tito y Timoteo como aguas de salud y de vida, brotan de alli formando rios caudalosos de celo, de piédad, de ilustracion, de caridad inmensa é inagotable, que producen por todas partes frutos abundantísimos de virtud, de consuelo, de bendicion y de gloria. Activo, prudente, previsor infatigable, extirpa y reprime con mano fuerte inveterados abusos, celebra Sínodos y establece reglamentos y ordenanzas para hacer brillar al clero en saber y en virtud, fomenta la piédad, procura en fin el bien espiritual y material de su grey por tantos medios y con tan perseverantes esfuerzos, que es acla-

mado á una voz el amparo del mérito, el consuelo de los afligidos, el padre de los pobres, la providencia visible, el Arzobispo Santo. Santidad que resalta en todas sus obras y palabras, y que se revela sobre todo en aquella rigidez de costumbres y dureza de mortificacion, que hubo de ser reprimida por aquel Breve del Sumo Pontífice Leon X, en que le intima con precepto de santa obediencia, que se abstenga de macerar su cuerpo, que coma carne, que duerma en cama, que vista lienzo, y que atienda en fin á la conservacion de su interesante vida, acomodando esta al decoro y esplendor visible correspondiente á su alta dignidad. ¡Testimonio singular, Señores, de que tal vez no hay ejemplo en la Iglesia Católica! Y que yo no dudaré en calificarlo como una anticipada canonizacion de las virtudes del gran Cisneros.

Pero donde este nombre glorioso aparece como el sol en todo el lleno de su esplendor y magnificencia, es, Señores, en esta ciudad amada de su corazon, en su predilecta Alcalá. Sí, ciudad ilustre. Todos los títulos de tu bien merecido renombre, famoso ya en los antiguos tiempos, quedan oscurecidos ante la inmensa atmósfera de gloria que estiende sobre ti el genio inmortal de tu insigne bienhechor, con las obras maravillosas que realizára en tu seno. ¡Y qué obras, Señores! Cada una de ellas bastaria para eternizar los dos nombres, inseparablemente unidos, de Alcalá y de Cisneros. ¡Oh! ¡si me fuera posible reseñarlas una por una, y valorar su mérito

y graduar su influencia inmensa en pro de la Religion y de las letras, del engrandecimiento y gloria de nuestra Patria! ¿Pero acaso puede darse paso alguno en Alcalá sin que se presente á nuestra vista la figura magestuosa de Cisneros, radiante de gloria y de esplendor? Sin salir, Señores, de esta misma Iglesia, ¿el título de Magistral con que entre todas las de España fuera distinguida, y el privilegio tambien único de que solo pudieran componer su Cabildo hombres eminentes en la profesion de las ciencias; y ese cláustro, y esa sacristía, y ese coro magnífico, y esas preciosas verjas, y ese retablo, y esa hermosísima capilla enriquecida con las sagradas reliquias de los Santos niños Mártires Justo y Pastor, objeto tiernísimo de la veneracion-entusiasta de este religioso pueblo, ¿no son otros tantos laureles plantados por la mano liberalmente espléndida del Santo Arzobispo; laureles que, al estender hoy gloriosa sombra sobre su sepulcro, están demandando con justicia el cultivo esmerado y eficaz de una gratitud reparadora, que impida marchitarse por completo sus verdores?

¿Y qué os diré de la empresa gigantesca de su Biblia Complutense? Fomentar el estudio de la Teología en su primera fuente, que es la Sagrada Escritura, y el conocimiento del griego, hebreo y caldeo, tan necesario para su cabal inteligencia; corregir los innumerables defectos introducidos en el texto por el descuido y la ignorancia de los copiantes; y prestar armas contra los

hereges, apoyados principalmente en aquel género de erudicion, he aquí el pensamiento sublime que sugirió á Cisneros el proyecto grandioso de aquella obra colosal. Nuevo Ptolomeo Filadelfo, reune en Alcalá, como en otra Alejandría cristiana, á los varones mas sabios de su tiempo, Elio Antonio de Lebrija, Ducas de Creta, Lopez de Zúñiga, Nuñez de Guzman el Pinciano, Pablo Coronel de Segovia, y los dos Alfonsos de Alcalá y de Zamora, todos tres judíos convertidos. A costa de innumerables diligencias y de gastos enormísimos, recoge los mejores egemplares que pudo haber de España y del estrangero, trae impresores de Italia y de Alemania, establece fundicion de caracteres, construye y organiza las prensas, forma los planes, y dirige por sí mismo con infatigable ardor los trabajos, que continuados sin interrupcion por espacio de doce años, ofrecen á la Religion y á las letras ese monumento de celo, de sabiduría y de piedad, aclamado por la Iglesia y por todo el mundo sabio como la maravilla de su siglo. Y aunque hoy sea menor su importancia por el desarrollo posterior de los estudios biblicos y filológicos, jamás la Polyglota Complutense perderá la gloria de haber sido la primera, y sin modelo porque las Exaplas de Orígenes habíanse perdido; y la que abrió la senda á los Paguinos, Vatablos, Arias Montanos y otros mil, sirviendo de tipo y fundamento á las célebres Polyglotas de Felipe II, de Lejay y de Walton.

Pero el celo ardiente de nuestro héroe aún no queda

con esto satisfecho, ni con la publicacion y restablecimiento monumental de nuestra preciosa, edificante y veneranda Liturgia Gótico-Muzárabe, ni con la impresion y propagacion de otras innumerables obras de piedad, de ciencia y hasta de agricultura; sino que quiere hacer de su amada ciudad un emporio de las letras, un templo de la sabiduría. ¡Oh Universidad de Alcalá, creacion asombrosa de Cisneros, ante la cual el Gran Rey Francisco I de Francia se reconoció pequeño! tú eres la joya mas brillante de su inmortal corona. ¿Quién dirá la profusion y largueza de dones con que te enriqueciera, y los grandes privilegios, y sabios reglamentos, y multitud de Colegios, hospitales, y todo género de fundaciones de piedad y de letras con que te formara esplendente diadema para ensalzarte sobre las demás del reino, y hacerte compartir con noble y digna emulacion la justa celebridad de Salamanca? ¿Y los opimos frutos de honor y de gloria que siempre has producido para bien de la Iglesia y del Estado, con tantos varones ilustres formados en tu seno, y sabios eminentes, y santos gloriosos que honraron las togas, las mitras y los capelos, brillando con esplendor inmarcesible en los tribunales, en los consejos, en los concilios y en los altares? Si el siglo XVI llámase con razon el siglo de oro de las letras en España, Cisneros es quien lo inaugura, contribuyendo con poderoso impulso á aquella gloria inmensa.

¿Pero á qué recordar yo ahora grandezas que no

existen para Alcalá sino convertidas en ruinas tristemente patéticas, que solo producen dolor en el corazón..... llanto en los ojos.....? ¡Ah! quiera el cielo que ese árbol de la ciencia, tan robusto y frondoso bajo la mano del que lo plantó, crezca siempre en verdor y en lozanía arrancado por el huracán de su nativo suelo y plantado en otro terreno..... y que llevando siempre consigo el nombre inmortal de su Fundador, sea aquel un sello indeleble de alianza entre la fe y la razón, entre la ciencia y la virtud: mientras que Alcalá, hija tierna y agradecida de su paternal cariño, se honrará perpetuamente en ser guardadora fiel de sus preciosas cenizas, y en contemplar con efusiones de amor y de reverente gratitud la sombra augusta de su insigne bienhechor, sobre cuanto encierra de monumental y grandioso; porque sus puentes, calzadas, muros, templos, altares, reliquias, hasta las piedras de las calles, y sobre todo, Señores, los corazones de sus hijos son y serán siempre de Cisneros..... Pero veamos ya estenderse el horizonte de sus grandezas, y enlazarse con los de la Religión y de las letras otros timbres no menos gloriosos para nuestra patria.

La muerte de la gran Reina Isabel, ocurrida en Medina del Campo en 1504, es una pérdida inmensa para España: y Cisneros, que en vano multiplicara sus ayunos y oraciones para alcanzar del cielo la prolongación de sus preciosos días, la siente con dolor profundo

y la llora con amargo llanto, exclamando entre sollozos: «Jamás verá el mundo una Reina de tan elevado espíritu, de corazón tan puro, de tan ardiente piedad, de tan ilustrado celo.» ¡Ah! aquella Reina que empequeñece cuantas figuras la crítica y la historia intentarían colocar á su lado; aquella Reina que, según el testimonio del sabio Pedro Martir, testigo de toda su vida, reuniera con todas las bellezas de su sexo las grandes cualidades de un Soberano y las eminentes virtudes de una Santa; aquella Reina, en fin, de la cual se atreve á decir el mismo, que después de la Virgen Santísima no reconoce sobre la tierra mayor pureza de corazón, mayor grandeza de alma, ¿sabéis lo que era, Señores....? Un eco fiel del alma de Cisneros, que vibraba en ella los más elevados sonidos de la fe, de la piedad, de la razón, de la justicia. Sí; él era su luz, su guía, el alma de sus consejos, y á él se debe el complemento y continuación de sus grandes empresas.

Porque si se conserva Granada, fruto de diez años de lucha, y diadema esplendorosa de la Santa-Fe de Isabel, gloria es esta del celo ardiente de Cisneros por la conversión de aquellos habitantes, que en número de cuatro mil son bautizados por su mano en un solo día, y después ocho mil más, dejando al fin cortadas de raíz con medidas, ya de prudencia y de mansedumbre, ya de rigor altamente saludables y previsoras, sus continuas rebeliones. Si el Nuevo Mundo, visión profética de Colón, no se

pierde apenas descubierto, en manos de la cruel y rapaz codicia habil en burlar las piadosas y sabias prescripciones emanadas del trono, debido es al influjo benéfico de Cisneros, que enviando Misioneros de paz conquista las almas para el cielo, y somete los corazones al cetro de Castilla. Si quedan desiertas y cerradas las sinagogas en todo el reino, y se apaga el subterráneo volcan de la heregía, y se eclipsa por completo el siniestro brillo de la media luna, y la toma de Mazalquivir abre la puerta á la conquista de Africa, todas son glorias cuyos fulgores reflejan sobre la frente de Cisneros. Y en las agitaciones y conflictos producidos por la llorada muerte de Isabel, y en medio de las intrigas y aviesos consejos que bastardeáran el efímero reinado de Felipe, y en las complicaciones y amenazante ruina que lo siguieran, ¿quién sino Cisneros con su prudencia consumada, y su rectitud, y su prevision, y su energía, pudo salvar los grandes intereses de la Patria, y los fueros de la razon y del derecho, y el prestigio de la autoridad, y recoger y guardar con mano firme y segura las riendas del gobierno, para entregarlas sin menoscabo en las de Fernando? Por eso vemos á éste solicitar para su constante amigo y fiel consejero la púrpura Romana con que el Papa Julio II honra sus incomparables servicios y eminentes virtudes.

Investido de aquella alta dignidad que simboliza en el color de sus insignias el martirio tan ansiado por Cisneros, enardécese mas su celo por la gloria y el triunfo



de la fe, objeto supremo de todos sus afanes, y venciendo dificultades sin cuento, y pretestos mezquinos, y menguados temores, apréstase á realizar por sí mismo y á sus espensas la empresa de Orán, digna de un Príncipe y página brillantísima de su hermosa historia. Dos pensamientos encerraba aquel proyecto, inspirados ambos por la piedad mas sólida y por la mas elevada política. Plantar la Cruz en aquellas regiones do tan gloriosa se ostentára un dia por el genio inmortal de los Ciprianos y Agustinos, y hacer tomar á España en aquellas riberas una posicion de importancia inmensa bajo el punto de vista estratégico y comercial. ¡Ah! ¿Cuál hubiera sido la suerte de nuestra patria, si las grandes aspiraciones de Cisneros reveladas en aquella empresa hubieran prevalecido en el consejo de los reinados posteriores? No existiera ya el baldon del islamismo sobre la frente de la Europa civilizada, ni hollaran plantas infieles los lugares santos regados con la divina sangre de nuestro Redentor, ni hubiera tal vez España agotado la suya y sus tesoros en empresas mas ricas de gloria y de heroismo que de sólido provecho, ni eslabonádose en fin la serie de acontecimientos que vinieran preparando su triste y dolorosa decadencia.

Pero volvamos á nuestro héroe. ¿Un Frayle, Señores, Capitan General del ejército, de todas las fuerzas del reino? ¿De aquellas legiones aguerridas que venian de Italia coronadas de laureles? ¡La espada del Gran Capitan

reemplazada por el rosario de Cisneros!!! ¿No parece esto un despropósito, y un contraste el mas singular y extraño? ¡Ah! no lo extrañeis, no: en su gran corazón moran unidos el valor y la piedad, el heroísmo de la Religion y el de la patria; es el corazón de la España..... de aquella España gloriosa, inmortalizada en la lucha heroica de ocho siglos contra las falanges agarenas. Vedlo pues nombrar los gefes de la expedicion y los cabos de las tropas, y reunir caudales y provisiones, y combinar planes, y atender á todos los pormenores con la prudencia y energía propias del héroe mas entendido y práctico en el arte de la guerra. Hácese á la vela en Cartagena; y es tal la energía de su fe y la confianza que esta le inspira, que segun la feliz expresion que corre de boca en boca por todo el ejército, parece llevar los vientos encerrados en la manga de su hábito. La travesia es feliz, y el éxito debido no menos al bélico ardimiento de las tropas que á sus fervientes oraciones, tan glorioso y tan completo, que pudo decir con mas razon que Cesar: *Veni, vidi, vici*; porque embarcarse, llegar á Oran y conquistarlo, fue solo obra de tres dias. ¡Triunfo magnífico con que el Dios de los ejércitos, multiplicando los prodigios, corona el heroísmo de nuestros guerreros y la ardiente fe de su Caudillo. Por eso, levantando sus manos y sus ojos al cielo esclama, bañado su rostro venerable en lágrimas de gozo inefable y de profunda gratitud: “No á nosotros, Señor, la gloria, sino solo á vuestro santo nombre.” *Non nobis, Domine, non*

nobis, sed nomini tuo da gloriam. Y haciendo consistir en la de Dios toda la suya, ríndele públicas acciones de gracias, y lleva por la ciudad en triunfo la Sagrada Eucaristía, y purifica las mezquitas, y las consagra al culto en honor de María Santísima con el título de la Victoria y del Santo Apóstol de España; y funda hospitales y conventos, y convierte y bautiza multitud de infieles, y sin tomar para sí de los ricos despojos mas que las llaves de la ciudad, y algun otro objeto insignificante que para memoria legára despues á su querida Universidad, deja á su ejército enardecido de valor cristiano, que segun sus órdenes é instrucciones le hace adquirir sobre la marcha nuevos triunfos en Trípoli y en Bugía. Ahi están presentes, Señores, esos trofeos gloriosos de su victoria: ellos con voz muda sí, pero mas elocuente que cien discursos, publican el heroismo y la pericia militar del General Cisneros.

Mas ¿qué recompensa aguarda á tan brillantes laureles ofrecidos por él en las aras de la Religion y de la patria? ¡Ah! Doloroso es decirlo. ¿Sabeis cuál? La que Dios suele permitir en sus altos juicios para contrapesar ó para ensalzar mas la gloria de los héroes: el desden, la ingratitud. No, no es mi ánimo sembrar dudas sobre la rectitud de intenciones de Fernando el Católico, ni hacer resaltar este y otros lunares de su historia, á pesar de los cuales la crítica imparcial y justa verá siempre en él uno de los mas grandes Reyes que se han sentado en

el trono; pero entristece el ver que intrigas miserables, y pérfidos consejos, y ruines envidias cortesanas, pudieran prevalecer en su ánimo á un mismo tiempo contra los dos hombres de su época mas dignos de prez y de alta loa; el vencedor del Garellano, el conquistador de Nápoles, el Gran Gonzalo de Córdoba; y el conquistador de Orán, el Gran Cisneros. Mas en breve se disipa aquella nube siniestra, que el Cardenal contempla desde el retiro de su diócesis, tranquilo con el sentimiento de su dignidad y de su conciencia pura, sin que inmerecidos desdenes amengüen en un punto su fidelidad y amor á la patria y á su Rey; porque desengañado este no solo hace cumplida justicia á sus altas y probadas dotes, y las ensalza en públicos manifiestos, y le encarga la educacion del Príncipe D. Fernando, y se entrega á sus consejos con una confianza sin límites ya nunca desmentida, sino que al ser sorprendido por la muerte en Madrideojos, y dejar con la vida el cetro y la corona, en presencia del Consejo y de los Grandes que rodean su lecho mortuario, teniendo ya en la mano la vela misteriosa, faro de la eternidad, sella con el último esmalte la gloria de Cisneros, encargándole la gobernacion del reino, y pronunciando con espirantes labios aquellas memorables palabras: «Es un hombre recto, un varon santo, incapaz de hacer ni de tolerar injusticias: será todo para el bien público.» ¡Qué testimonio, Señores, de tanto peso en la boca de un Rey moribundo! ¡Y de un Rey como Fernando el Cató-

lico! Magnífico prólogo, que nos abre la escena mas interesante y grandiosa de la vida de nuestro héroe, y señala el punto culminante desde el cual estiende sus brillantes resplandores por el horizonte inmenso de la historia.

A la luz de ella me lo represento en medio de las dos tumbas de los Reyes Católicos alzándose como un gran coloso para sostener él solo la inmensa pesadumbre de un grandioso edificio que amenaza desplomarse. En efecto, Señores; la consolidacion del poder Real sobre el estéril y anárquico feudalismo; la reunion de toda la Monarquía y Maestrazgos de las ordenes bajo una sola Corona; la conquista de tres reinos; el descubrimiento de un Nuevo Mundo; la propagacion de la fe en Africa y en las Indias; la paz interior, y el respeto de las demás naciones; y esa preciosísima unidad católica, piedra angular de nuestra nacionalidad, base irremplazable de union y de fuerza y paladion sagrado de nuestras esperanzas, he ahí la obra inmortal de Isabel y de Fernando. Pero ¡qué cambio de escena apenas bajan estos al sepulcro! El Príncipe heredero en Flandes, aconsejado por extranjeros mas solícitos de esplotar que de gobernar nuestro pais; el Infante D. Fernando alimentando en su corazon ideas de exaltacion al trono; la Francia y el Portugal amenazando; los piratas azotando nuestras costas; el erario exhausto, el pueblo fatigado de tantos y tan heróicos sacrificios, y los grandes orgullosos con su

prepotencia, ardiendo en discordias, impacientes de freno, propensos á rebeliones, he aquí la tormenta que se cierne sobre España, amenazando destruir su grandeza y poderío. ¿Quién será capaz de conjurarla? ¿Quién? Un hombre solo; un fraile; un Cisneros. Pero no, no era él solo, Señores: era la prudencia, la sabiduría, la magnanimidad, la fortaleza, el genio, todas las grandes cualidades de los héroes, todas las virtudes de los Santos, armonizadas por Dios en su grande alma y elevadas á la mas alta potencia, formando ecuacion sublime con aquella fe que traslada los montes segun San Pablo. No estaba solo, no, entregado á las vanas ilusiones de la razon, y á la orgullosa impotencia del corazon humano; estaba con él la virtud de lo alto, *nobiscum Deus*: lleva siempre atado á su brazo sobre la carne un santo Crucifijo; cón él trabaja, con él estudia, con él ora, con él duerme, con él consulta, á él pide inspiracion, y á él fia todas sus empresas, repitiendo con frecuencia aquellas palabras de David: "Yo, Señor, fio en vos que no seré confundido." Y asi únicamente puede comprenderse cómo aquel venerable anciano, sin la ayuda de ningun otro ministro y con solo, digámoslo asi, el cordon de su santo hábito, gobernara la monarquía, teniéndola suspendida sobre el caos, y guiándola por el camino de la prosperidad y de la gloria.

Yo le admiro, Señores, mantenedor incontrastable del principio de autoridad, imponiéndola con magestuosa valentia en el primer consejo que preside, sobre el trata-



miento que habia de darse al Príncipe heredero, y corriendo el hervor sedicioso de acaloradas disputas con aquellas resueltas palabras: "No he venido aquí á oír disputas, sino á recibir sumisiones; hoy se proclama Rey al Príncipe." Yo le admiro en aquella intrepidez enérgica con que al oír la insolente peticion de algunos magnates, que rehusando obedecerle demándanle exhiba sus poderes, "ahí están....." les dice, mostrándoles desde el balcon..... soldados..... y cañones; únicos poderes en verdad para hombres sediciosos y turbulentos.

Yo le admiro en aquella rapidez impávida con que sofoca, aplasta y castiga cuantas rebeliones promueven aquellos en Priego, en Málaga, en Ureña, en Valladolid, en Alba, en Villafrate y en otros puntos del reino, sin abdicar jamás su autoridad ante ningun motin triunfante..... ¿Era aquello orgullo y altanería del Cardenal, como dijera sus émulos, y haya repetido tal vez una crítica apasionada? Sí, orgullo era, Señores; pero un orgullo magnífico..... el orgullo de la ley, que debe reprimir todas las aviesas y anárquicas pasiones; sí, altanería..... la altanería de la autoridad, la cual debe ser tan alta que sobresalga por cima de todas las cabezas, siquier sean las mas elevadas.

Mas ¿cómo reseñar todos los timbres de la gobernacion de Cisneros, de la cual pueda acaso decirse con verdad, que ni tuvo antes un modelo exacto, ni despues una copia enteramente fiel? El es el primero en establecer esa

institucion de los ejércitos permanentes, imitada y perfeccionada despues por todas las naciones de Europa, y que entonces, como ahora y siempre, fué, es y será el principal sostén del edificio social. El revoca gracias y pensiones abusivas, reforma contribuciones onerosas y vejatorias, funda pósitos y archivos, fomenta la marina, realiza ese prodigio tan ansiado de enriquecer el Erario aliviando al pueblo; no hay, en fin, ramo alguno de administracion y de gobierno que no reciba de la mano de Cisneros un fecundo impulso ó una gloriosa iniciativa. Y es tal su pureza y su rectitud jamás torcida, y su justificado acierto en la distribucion de cargos, premios y castigos, y tan grande su desinterés y abnegacion, y tan franca y leal su política, y tan completo su sacrificio á la gloria de la Religion y de la Patria, que, amado y bendecido de los pueblos, ensalzado por los Pontífices y Concilios, respetado por todo el mundo, es invulnerable á todos los tiros de la maledicencia y de la crítica: "Jamás hizo cosa injusta." Hé aquí el oráculo que pronuncia sobre Cisneros el Emperador Carlos V. Si; jamás hizo cosa injusta, porque el espíritu de Dios reinaba en su entendimiento, en su corazon y en sus obras; por eso todos sus pasos son rectos, todos sus dias llenos segun la hermosa frase de la Escritura. Por eso en la humillacion es elevado, en la exaltacion humilde, pobre en la riqueza, modesto en medio del fausto, en el poder humano, en la justicia inexorable: magnánimo corazon, frente serena

que domina todos los acontecimientos, llevando como encadenada la fortuna á sus disposiciones, las cuales no tienen mas contrarios que los que lo son de la ley, de la razon, de la justicia, de la Religion y de la Patria. Siempre hace triunfar estas dos grandes causas inseparable y paralelamente unidas sin confundirse, y adquiere tantos y tan merecidos títulos á la gratitud de la Iglesia y del Estado, que no puede recordarse su nombre sin recordar al mismo tiempo todas las grandes dotes que revelan la superioridad del genio, todos los laureles que ciñen la frente de los héroes, todas las virtudes que forman la gloriosa aureola de los Santos: *Qui facit concordiam in sublimibus suis*; que establece alianza en sus grandezas.

¡Grandeza de Cisneros, pura, radiante, inmensa, que atraviesa como el sol los siglos derramando torrentes de esplendor inmarcesible, siendo objeto de entusiasta admiracion al español, al extranjero, al católico y al protestante. Grandeza ante la cual se eclipsa y se hace imposible todo paralelo, y toda ponderacion es fria, y todo discurso mezquino y apocado, como el que teneis la dignacion y la paciencia de escuchar. Grandeza, en fin, que siempre igual en todas las fases de la vida que acabamos de recorrer, no se desmiente á sí misma, ni entre las horribles convulsiones de aquel veneno misterioso que se cree haber acertado sus preciosos dias, ni en las últimas intrigas de Corte, que tan indignamente le robáran el con-

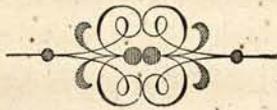
suelo de ofrecer personalmente á su Rey el postrer homenaje de su fidelidad acrisolada, ni ante las sombras de la muerte que vienen á cubrir su rostro venerable en la villa de Roa á los 81 años de su edad.

¡Ah! poco podia espantar su terrible aspecto al que vivió siempre como si hubiera de morir á cada instante; al que morando en la tierra y llenándola con la fama de su nombre, tenia, como dice San Pablo, su conversacion en los cielos; al que bajo el esplendor de la púrpura vistió siempre el áspero cilicio y el humilde sayal, remendado por las mismas manos que empuñaran el cetro; al que autorizado para disponer de inmensos bienes, no solo no enriquece á los suyos en vida, sí que ni aun en muerte les deja un lugar en su edificante testamento, consagrado todo á su querida Universidad y á las innumerables fundaciones, hijas de su piedad y celo. Yo le contemplo ya fortalecido con los santos Sacramentos, replegando todos sus sentidos y potencias para fijarlos en Dios, y rodeado de todas las virtudes como de otras tantas flores cultivadas por su industria y regadas con su sudor, cuyo fragante celestial aroma embalsama sus últimos alientos; el vicio abatido á sus pies, triunfante la justicia, los ángeles del cielo entonando himnos de gloria, y el Dios de la Magestad abriendo al justo las puertas eternas. Veo en fin aquella alma grande que, rompiendo los lazos de la mortalidad, deja con ella arrumbados en la oscuridad del sepulcro la mitra, el

báculo, el anillo, el pálio, el capelo, todos los títulos, honores y grandezas del tiempo, y sube envuelta en brillantes resplandores á trocarlo todo por la grandeza de la eternidad.....

Pero..... no anticipemos, Señores, el juicio de la Iglesia, incoado ya para colocar á nuestro venerable Cisneros sobre los altares; roguemos al Señor se digne disponer su continuacion y feliz término para consuelo y gloria de la España, y entretanto unamos nuestras lágrimas á las tiernas y abundantísimas que derramaron sobre su humilde lecho el Infante D. Fernando y toda la Grandeza española civil y eclesiástica, y los pueblos todos, que le bendecian como á su Padre, y arrebataban sus reliquias, y le proclamaban Santo. Honremos sus restos venerandos con el filial cariño y noble entusiasmo con que los recibieran entonces y honraron siempre su Universidad insigne y su predilecta Alcalá. Y sobre todo ¡oh españoles! penetrando con el espíritu en ese recinto que guarda sus cenizas, renovemos ahí, en el fuego sagrado de amor á la Religion y á la Patria que ellas simbolizan, el carácter tradicional de nuestros mayores, contra el cual, estrellándose impotentes las maquinaciones de la revolucion anárquica é impía que causa todas las desgracias de la sociedad en el presente siglo, la Religion y la Patria recobrarán en breve el esplendor y la gloria á que supo elevarlas con sus eminentes servicios y heroicas virtudes el Religioso, el Confesor, el Arzobispo, el

Fundador y Reformador, el Cardenal, el Consejero, el General en jefe, el Conquistador, el dos veces Regente del reino, el defensor y propagador de la fe, el gran patricio, la honra de España, el venerable siervo de Dios Fray Francisco Ximenez de Cisneros (q. e. p. d.).





1075447

